

BURLA BURLANDO

Recuerdos de un Terremoto

Yo sé poco más o menos lo que es morir, porque dos veces en mi ya larga vida me conté entre los muertos: la una fué cuando reventó el polvorín de San Antonio, situado en uno de los «cayos» de la bahía habanera, allá por el año 1884, y la otra cuando ocurrió el terremoto de 1881 u 82... No puedo precisar la fecha porque no tengo datos a mi alcance, y mi memoria es poco de fiar.

Lo que sí conservo claramente en la memoria son algunos detalles del suceso referentes a mi persona. Yo era dependiente de un almacén de quincalla y perfumería situado en Cuba esquina a Teniente Rey. Era de noche y... recuerdo que no llovía. Entre ocho y nueve de la misma se había declarado un violento incendio en la fábrica de jabones de Sabatés, y allá me fui a presenciar el espectáculo. A eso de las once me volví a casa tristemente impresionado por el incendio, y rendido por la larga caminata. Me senté al borde del catre mascullando una oración a Dios en acción de gracias por haberme librado hasta entonces de incendios y de otras desgracias y me tendí de largo a largo.

Más aún no había cerrado bien los ojos cuando sentí que el catre se estremecía y ondulaba de pies a cabeza con tal fuerza que me agarré a sus barras para no caer. Me incorporé indignado creyendo que era una broma de mi compañero que dormía en otro catre cerca de mí. ¡Cosa más rara! El compañero estaba fumando sentado en su catre, pero el brillo de la candela del cigarro aparecía mucho más bajo como si el piso se hubiera hundido dos varas por aquel lado. Entre tanto empezó a crujir el techo y a oscilar las cañerías del gas y a desprenderse algunos cascotes.

¡Dios mío! ¿Qué era aquello?— ¡Un terremoto! gritó mi compañero. ¡A la calle! Cogí mis pantalones, mi camisa y mis zapatos, pero mi terror era tan grande que al intentar ponerme los pantalones metí las dos piernas en una manga: con la camisa me hice un lío mayor porque entonces las camisas se ponían por la cabeza. Bueno, que acabé por hacer un burujón con todo y me lancé a la calle descalzo, y en calzoncillos y camiseta. El espanto me había privado de todo sentimiento de decencia y de pudor. Después de todo, los vecinos y otras gentes que encontré

en la calle no tenían por qué echarme en cara mi desnudez. El que más y el que menos, había abandonado todo o una gran parte de su indumentaria. Unas señoras que vivían enfrente estaban dando gritos en los balcones sin acordarse de ponerse las faldas.

Logré al fin, vestirme y calzarme en el hueco de una puerta. Al cabo de algunos minutos renació un poco la calma porque la tierra había cesado de estremecerse. Me disponía a entrar en el almacén cuando oí que alguien gritaba: ¡No se metan en las casas! ¡El temblor puede repetirse! Entonces pensé que lo más acertado sería buscar algún sitio descampado y me dirigí a la Plaza de Armas. Las calles estaban llenas de hombres, mujeres y niños a medio vestir que corrían a refugiarse en plazas y plazuelas. La Plaza de Armas estaba ocupada por una inmensa muchedumbre y a duras penas me pude acomodar en uno de los bancos de piedra que entonces la rodeaban. Y como se había corrido la voz de que el fenómeno se repetiría por la madrugada, que el Padre Viñes lo había anunciado así, nadie se atrevía a regresar a su domicilio. En efecto, a eso de las cuatro volvió a repetirse el sismo, aunque con menos intensidad.

Al día siguiente el Observatorio de Belén nos informó que el terremoto había durado 22 segundos, que había sido de bastante intensidad, que se había sentido en toda la parte occidental de la Isla, y que en el pueblo de San Cristóbal de la provincia de Pinar del Río había causado grandes estragos con el derrumbe de edificios y la apertura de anchas grietas en el suelo. Por fortuna ni en los pueblos ni en los campos se habían registrado grandes pérdidas materiales, y pocas o ninguna de vidas. A los pocos meses ya nadie se acordaba del terrible acontecimiento; es decir, por lo menos en mí el terremoto había dejado una impresión tan honda que me duró toda la vida. Todavía hoy, al cabo de cincuenta años, cada vez que la casa se extremece por el paso de un camión o la explosión de un petardo, me acuerdo del catre, del cigarro del compañero, de los crujidos del techo, de la oscilación de las lámparas y de la fuga en calzoncillos. Y la cosa no era para menos como que fueron 22 segundos, una eternidad que me conté entre los muertos... Por eso compadezco de todo corazón a los habitantes de Santiago de Cuba en estas horas aciagas...

Fué aquel un día memorable para la Ciudad. Además del gran incendio de la fábrica de Sabatés y del terremoto, ocurrió el desembarco de general Grant.... No faltó quien achacase a las pisadas del Genera

yenquí el estremecimiento de la tierra, pero esto fué cosa de los bromistas que nunca faltan aquí para reírse de los acontecimientos más graves.

M. ALVAREZ MARRON.

DM Feb. 25/32

